



ESTE FANZINE TIENE VIDA. GUARDA O DIFUNDE !!!

NOTICIAS



VALLE DE ALCUDIA - Jesús Monroy
donde la tierra hace al hombre



ALUMBRESITE.

La vasta riqueza natural que atesora el Valle de Alcudia ante los ojos del fotógrafo Jesús Monroy (Almodóvar del Campo, 1978) adquiere una dimensión que va más allá del paisaje.

Los motivos cromáticos de los campos cultivados, la textura de las dehesas salpicadas de encinas conforman un territorio que habla de una manera profunda de los saberes y renunciaciones de los pueblos que lo habitan. Y aparecen, así, las romerías y las cacerías; las labores agrícolas y los trabajos ganaderos; las fiestas de guardar y los encierros.

Alejado de toda retórica o artificio Monroy, que ha trabajado para el periódico El Día y desde diciembre de 2012 desempeña su labor profesional a través de ALUMBREFotografía, presenta "Donde la tierra hace al hombre", una treintena de instantáneas que a través de una mirada impresionista configuran un territorio visual, tal vez, sentimental.

La muestra podrá verse a partir del viernes 22 de marzo en ALUMBRESite, calle Palma 7, Ciudad Real.

Un espacio abierto a las nuevas manifestaciones de la fotografía documental. Marian Gascón

TRAVELING 14 Años de pop, indie y rock. La alternativa en Ciudad Real

BODEGAS NARANJO FUNDADA EN 1988

JOFER ASESORES



©ALUMBREFotografía

©Jesús Monroy

APUNTES FOTOGRÁFICOS



Una sombra entre pirámides

A Richard Misrach las pirámides habían dejado de emocionarle. El cansancio y la costumbre de verlas durante días lograron que el estremecimiento que sintió al enfrentarse a ellas por vez primera fuese ya sólo un vago recuerdo. Hacía más de una hora que había dejado de hacer fotos. La única razón por la que no guardaba la cámara en la maleta era porque se encontraba agotado. La calima hacía que la gravedad pareciese doblemente pesada. Miro al reloj y comprobó que aún quedaba al menos una hora para que su ayudante pasara a recogerle con el coche. Estaba impaciente por ver si las imágenes que guardaban las placas disparadas en los últimos días merecían la pena. Pero para eso antes tenía que regresar a Estados Unidos. El agua del Cairo no sólo destrozaba el estómago de los incautos viajeros que se decidían a probarla, también los negativos.

Sintió que la mente se nublaba y creyó ver moverse una sombra junto a la pirámide. Cerró los ojos, respiró hondo, se tumbó apoyando la cabeza contra la mochila y se tapó la cara con el sombrero. Permaneció así durante varios minutos. Al incorporarse para coger la cantimplora miró al frente y lo que vio le sacó sobresaltado de su letargo.

Aquella sombra no era ningún espejismo. Ahora la veía desplazarse claramente en la lejanía, como un animal sigiloso. Se puso en pie para observarla mejor. Acertó a entender que se trataba de una figura humana. Caminaba observando con aire distraído las piedras, con la misma despreocupación del paseante que mata el tiempo contemplando escaparates.

Misrach rebuscó en la maleta en la que guardaba su equipo para ver si tenía algún chasis con película. La suerte estuvo de su parte. Aún quedaba uno con dos placas, con dos oportunidades. Desplazó la cámara un par de metros con una energía que momentos antes le hubiese sido imposible reunir, miró por el visor, enfocó, movió el trípode para realizar un encuadre provisional y le asaltó una tremenda duda ante lo que vio. La figura se veía diminuta, insignificante. Seguramente en la foto apenas sería una mancha irreconocible. Esperar era arriesgado, pero no tenía otra opción.

Acertó a darse cuenta que había confundido a ese personaje con una sombra porque vestía de riguroso negro cuando se detuvo a 100 metros de él. Misrach no tenía claro si aquel hombre se había percatado de su presencia. Tras cierta vacilación decidió seguir andando en dirección a la cámara. El fotógrafo aprovechó para mover algunos centímetros la máquina. Era importante que la misteriosa figura apareciese en el centro de la imagen. Algo que sucedió cuando avanzó unos cuantos metros. Para entonces el diafragma estaba lo suficientemente cerrado como para captar el paisaje y a su protagonista con la máxima nitidez posible. Entonces, repentinamente, el hombre se giró y dio la espalda a Misrach. Un poderoso instinto hizo que sus dedos apretaran el botón de disparo. No tuvo necesidad de usar la segunda placa. Aquel viaje había terminado.

Dos semanas después encendió la luz blanca del laboratorio, sacó la copia de la bandeja del lavado y la observó durante un par de minutos. Reparó en que no recordaba nada de aquella tarde tras disparar la cámara. Una sonrisa iluminó su rostro.

Ramón Peco - Fotógrafo licenciado en periodismo.

La Dolores sin cabeza

A veces, del calor, se le mecía el horizonte como una balsa. Marchaba Leónidas a pie, de pueblo en pueblo. Sacaba placas de retratos en sepia a quien le diera unas monedas a cambio. Le acompañaba Drogo, su ayudante, un francés medio mudo y alto, que vino a parar por la provincia extraviado, siguiendo la quimera del sol. Muy pocos niños, casi ningún anciano. Especialmente les iba posando el gremio de los solitarios: amantes alejados, solteros en vilo o enviudados recientes, antes de recibir el tajo definitivo en lo opaco del rostro. A veces, con uno o dos días en la plaza, terminaban el trabajo y vuelta a marchar, bajo el sol y la brisa polvorienta, al siguiente lugar.

Un día en una plaza se les acercó una viuda joven, la Dolores, envuelta en caperuza, falsa larga y mantón negro. Leónidas pensó con qué luz artificial camuflar aquellos ojos abultados de llanto. La invitó a acomodarse. Ella se sentó sin devolver palabra. Tenía la mirada puesta en la ribera blanca. Drogo alzó la cabeza al cielo: estaba despejado. Se subió entonces a una banqueta de atrás, extendió los brazos y entre lo largo que mediaba sus manos descendía la tela negruzca. Poco más delante estaba la viuda a retratar, con la cabeza recta y el perfil un poco ladeado. Frente a ella, el objetivo dorado de la cámara, su grueso cuerpo de madera y, al fin, el ojo de Leónidas preparado. Le dijo un momento, que ahora disparo, no te me muevas. Accionó la palanca y aquello se inundó de un humo blanco que vino tras el fognazo del magnesio.

Disuelto el baile ingravido de aquella niebla, hallaron vacía la banqueta de la viuda. Drogo miró entre el haz y en envés del fondo negro. Leónidas inspeccionó incrédulo el interior de la cámara. No había caso. La viuda desapareció; volátil, se esfumó como aladas partículas del recuerdo. A los del pueblo no les extrañó el suceso. Ellos, tan sabios, afirmaban que hacía días que ella no tenía la cabeza donde tenía que estar. Que ya no era ella. Que sólo pensaba en irse en modo diabólico. Aquel, sin duda, fue el mejor que encontró para quedarse presente en este mundo.

Gonzalo Hernández Baptista

[doctorando de Literatura en la Universidad de Kentucky]



Texto y Fotos ©Alfonso Blanco Bernal



En este día de caza con todo lo que precede, el antes y el después de la muerte del animal.

Y el ritual del cazador después de matar a su primer animal.

Mi primer jabalí...

RECUPERANDO MEMORIAS



Miguel Morayta

Villahermosa, 1907.

No hace ni dos horas que el Quanza, navío portugués, atracó en el puerto de Veracruz. La plaza en la que entra el pequeño grupo de avanzadilla de los recién llegados está llena de verde, de olor a café y de música. Al otro lado de la plaza un grupo de albañiles, inconfundibles por sus gorros elaborados con la prensa burguesa del día, avanza justo hacia ellos. No pasan de largo y parándose les hablan indicándoles sus ropas. "Ustedes son españoles", afirman. Los albañiles se lanzan a abrazarles y les comunican: "No se preocupen compañeros, que ya llegaron, y aquí no les va a pasar nada, para eso estamos nosotros".

Miguel Morayta forma parte del grupo, acaba de llegar a México y va a empezar una nueva vida. Es noviembre de 1941.

Todavía no sabe por qué se ha bajado del barco ya que este continúa su viaje, hasta Buenos Aires va a llegar, y es ahí donde realmente quería ir, a la tierra donde está enterrado su abuelo, del que heredó nombre (con plaza en Madrid y calle en Ciudad Real, ahora ya dedicadas a otros), a la tierra de Buenos Aires, donde él podrá validar sus títulos de campeón de tangos de las fiestas de Donostia, de Tánger o las del casino de su pueblo. Pero también al Buenos Aires de las películas, de la producción más fuerte en ese momento de la cinematografía en castellano. Porque realmente esta era su intención, nueva vida, nuevo oficio la misma pasión de cuando pequeño y con toda la familia disfrutaban las matinés del cine Cervantes en Ciudad Real, el cine. Ahora, después de tanta realidad y



en tierra nueva, iba a contar historias, iba a hacer cine.

Pero bajó en Veracruz, no tomó ni café, y con las piernas aún no acostumbradas a la rigidez de la tierra firme, más de trescientos días de travesía, emprendió viaje en tren hacia la Ciudad de México, hacia México Distrito Federal adonde llegó el 19 de noviembre. Dos años pasaron para que su mujer y su primer hijo pudieran reunirse con él. Hace setenta y dos años que vive en el mismo barrio. Hace dos que apenas sale de su casa. Pero siempre cuando se habla con él, lo primero que dice es "no habrán tirado el casino".

Hace ciento seis años que Miguel Morayta Martínez, director de cine mexicano, conoció Ciudad Real. Cuando este su pueblo pasó a llamarse Ciudad Libre, él ya no vivía aquí y luchaba en una guerra que no perdió él solo. La casa donde se crió, las salas donde vio películas, las calles que recorrió, ya no existen. Aun así, él podría volver a pasear por todas esas sombras y memorias si quisiera, hace poco tiempo el estado español lo reconoció como uno de los suyos y le otorgó un pasaporte. Lo podría haber hecho de todas maneras, por razones que no da la oficialidad, porque es uno de los nuestros. Sin embargo piensa que está algo mayor para viajar.

Preguntado por el oficio que ha tenido responde, vivir. Ninguna película a la vista aunque sí le gustaría rodar un guión que tiene y que se llama "Ahí les dejo esa cloaca que es el mundo".

